

nas, él es insaciable de cruces; él triunfa en medio de las tribulaciones; él ama las humillaciones, los desprecios, las contradicciones, los desamparos, las penas, los anonadamientos; en fin, él nos hace morir á todas las cosas y aun á nosotros mismos, á fin de que solo vivamos la vida de Jesucristo. ¡ Quién me diera sufrir solo por Vos, ó Salvador mio! ¡ quién me diera todo lo que vuestro amor me pide tanto tiempo hace! Vengan sobre mí todas las persecuciones, las enfermedades, los contagios, las contradicciones, la pobreza, la esclavitud, las calumnias, y todos los tormentos imaginables: sí, todo esto venga sobre mí á fin de amaros perfectamente; y á mas consumid en Vos todo cuanto soy y me pertenece. — Concluyó con estas palabras, las que expresan el fervoroso deseo que tenia de consumir su amor en las penas y trabajos. Abrazóme; nos despedimos; monté á caballo, y proseguí mi viaje, pensando continuamente en las santas instrucciones que este virtuoso eclesiástico me habia dado, habiéndome asegurado que le veria aun otra vez antes de morir.

TERCERA PARTE.

Su vida paciente y su muerte.

Después de haber descrito cuál ha sido la vida oculta y solitaria de este perfecto amante de Jesucristo, cuál en seguida su vida pública y laboriosa, nos resta ahora explicar cuál ha sido su vida paciente, y finalmente como murió consu-

mido en el amor de Nuestro Señor Jesucristo. Con esto aprenderemos cómo este mismo amor, en cualquiera de estos tres estados de vida, ha de triunfar en nuestras almas.

Cerca de cinco años transcurrieron sin saber nada de este santo eclesiástico: preguntaba por todas partes á fin de tener de él alguna noticia, cuando cierto dia por casualidad se me acerca un hombre pobre á pedirme limosna: le pregunté quién era y de qué país venia. Díjome que me conocia, que me habia visto en cierto hospital, en donde tuve una larga conferencia con un santo sacerdote, cuya memoria seria eternamente venerada; y habiéndole preguntado en qué habia venido á parar este buen hombre, me respondió llorando: — ¡ Ay! no hay males, desgracias ni enfermedades que no haya sufrido aquel venerable sacerdote desde vuestra ausencia. Apenas os despedisteis de él, cuando dió todas las disposiciones necesarias para los funerales del enfermo que vos mismo visteis morir en aquella noche: concluidas las exequias, habiendo él mismo querido llevar el cadáver á la sepultura, cayó en la hoya y se rompió un muslo. Esta herida le ocasionó los mas inexplicables dolores: siete meses tuvo que guardar cama, sufriendo con la mas admirable paciencia todo cuanto hay de mas cruel en las operaciones de la cirugía: le hicieron incisiones terribles en la carne viva; y era por cierto una maravilla verle en medio de estos tormentos alabar á Nuestro Señor por la gracia que le otorgaba de poder sufrir alguna enfermedad por su amor; pero aun le quedaban otras que sufrir. Empezaba á curar de la rotura cuando todo su cuerpo se lle-

nó de una especie de lepra la mas horrible y hedionda. Job en su muladar no estaba tan cargado de miserias como este hombre; menester fue que tuviera la paciencia de aquel siervo de Dios.

Incesantemente bendecia al Señor, que por su divino amor se habia dignado asociarle á su misma cruz: miraba con sumo placer caérsele las carnes á pedazos y pudrirsele poco á poco: era objeto de horror á cuantos querian acercársele: no dormia ni de noche ni de dia; pero su invicta paciencia triunfaba de todos estos males: en mi vida he visto su rostro mas alegre; de continuo estaba entonando cánticos de alegría, alternando sin cesar con jaculatorias que decia á Jesús su amor. Esta terrible enfermedad le duró un año, y fue seguida de toda suerte de otras que le asaltaban como de concierto la una despues de otra. Estuvo dos meses con calenturas continuas degenerando luego en tercianas que le duraron mas de un mes; cayó en seguida en una total postracion de fuerzas que le duró un año entero.

Sufria todos estos males con una constancia admirable y con un aire de paz y dulzura que indicaba muy bien la tranquilidad de su alma y la alegría que tenia de padecer por amor de Jesucristo. Jamás se le vió impacientarse; siempre alegre y siempre contento, bendecia incesantemente á Dios por haberle juzgado digno de participar de los dolores de su Hijo: ora adoraba sus llagas, ora suspiraba amorosamente por nuevas cruces: su corazon no se acababa de saciar, si me es lícito decirlo así, de tantas como puede decirse que le abrumaban: amaba sus penas y enfermedades, porque amaba á Jesucristo. ¡Oh! que cosas nos

decia algunas veces, enfermo como estaba, para inflamarnos á todos en amor de su amado! No tengo expresiones bastante fuertes y penetrantes para poderóslas referir; solo puedo asegurar, que de muy buena gana me habria quedado toda mi vida en aquel hospital junto á este hombre tan santo, si los administradores no me hubiesen dado de alta: y á mas de esto tambien me era preciso cumplir un voto, y por esto he tenido que emprender un viaje bastante largo. — ¿En qué estado, le pregunté, dejásteis á este santo eclesiástico? — Le he dejado, me contestó, en su lecho de dolor, paralítico de todo el cuerpo y casi ciego, pero cantando continuamente las alabanzas de su Dios y de su querido Jesucristo. Habrá como quince dias que parecia no tener una hora de vida; este hombre justo veíase continuamente entre la vida y la muerte, sin temer la una ni desear la otra, sino siempre sumiso á la voluntad de aquel que era el objeto de sus deseos. En tal estado quedaba á mi partida, y voy pregonando por todas partes estas maravillas que dichosamente para vos acabo de contaros. — Quedé arrebatado al oír tales cosas: hice una buena limosna á este peregrino, no pudiéndole en ninguna manera remunerar bastante las nuevas que me habia dado. ¿Está aun en el hospital? le pregunté: ¿y creéis vos que aun le encontraré allí? — No sé, me respondió; porque á la verdad, el estado en que le dejé era tan apurado, que podrá ser que á estas horas haya fallecido. — Lo creí así; y retirándome á mi cuarto, despues de habernos despedido, meditaba todo lo que este hombre pobre me acababa de decir. Pasmábame lo que habia sufrido

este eclesiástico, desde que no nos habíamos visto; admiraba su invencible paciencia y su amor á Jesucristo, que los dolores de tantas y tan graves enfermedades no habian podido extinguir; hé aquí, me decia, lo que obra en nosotros el divino amor; por enfermedades que sobrevengan nada se siente amando á Jesucristo. Pero ¿será posible que haya muerto este hombre de Dios, despues de la promesa que me hizo, que aun le veria otra vez en este mundo? Quise informarme, y al efecto escribí al administrador de aquel hospital: me contestó que hacia algunos dias que el eclesiástico, de quien le hablaba, habia desaparecido; pues habiendo curado repentinamente de sus males, se habia marchado con el mayor disimulo, sin decir palabra á nadie. Esta respuesta me alegró, y reanimó la esperanza que tenia de volverle á ver; sin embargo cinco años tuve que pasar con esta esperanza, al paso que aprovechaba todas las ocasiones de informarme con aquellos que habian estado en el hospital de que he hablado; pero ninguno me sabia decir qué se habia hecho de este santo varon. Finalmente quiso Dios que por mí mismo le encontrase por un raro accidente. Paseándome un dia por el arrabal de la villa de Caen, tuve este dichoso encuentro. Era el martes de la Semana Santa: acercábame á la villa, cuando hé aquí que se levanta de improviso una furiosa borrasca con truenos y granizo: busco de pronto dónde guarecerme; descubro un pobre establo en el que entro sin pérdida de momento. Pero ¡qué espectáculo, Dios mio! veo un hombre pálido, desfigurado, echado sobre un poco de paja, reducido á los últimos aprietos y

en un profundo silencio, quien al verme exclamó: — Os doy gracias, Salvador mio, por haberme concedido el favor que os habia pedido. Acercaos, me dijo con rostro risueño; y aprended cuáles son los triunfos de mi amor. — Por el metal de la voz conocí al hombre santo que buscaba, lo que no pude por las facciones; pues que su rostro magullado á golpes nada conservaba de su expresion primitiva. — Ya me veis, dijo entonces: soy el mismo que en otro tiempo visteis en mi soledad cercana á la orilla del mar, el mismo que visteis despues en el hospital, y que veis por fin en un establo; en lugar semejante quiso nacer mi divino Salvador por amor mio, y aquí es en donde quiere que muera yo por su amor. Una turba de jóvenes me ha puesto en el estado en que me veis: cometian desvergüenzas que no me atrevo á nombrar; quise reprenderles; pero se enfurecieron tanto contra mí, que moliéndome á palos, me dejaron por muerto en una hoya en que me echaron, sacándome de la carretera. Me rehice luego un tanto; retiréme de aquel lugar, y me recogí del mejor modo que pude á esta choza, en la que me hallo solo, sin consuelo humano. — Díjome entonces que su última hora se acercaba: que moriría el Viernes Santos á las tres de la tarde: suplicóme que no le abandonase á fin de aprender los triunfos del amor de Jesús en una alma que enteramente se le habia consagrado. Se lo prometí, y tambien que le asistiría con todos los medios que me fuesen posibles: le dí algun pequeño refrigerio, sus débiles fuerzas se reanimaron, y empezó á contarme la historia de su vida desde la última vez que tuve la dicha de verle. —

Después de vuestra partida, me dijo, Dios permitió que viniese sobre mí toda suerte de enfermedades; creo haber sufrido por mucho tiempo todo lo que un miserable cuerpo es capaz de sufrir. No hablo de los que me aquejan en la actualidad, porque nada son en comparación de aquellos. Basta que os diga, que después de agotados todos los recursos del arte, se desesperó de mi vida; pero Dios se dignó volverme la salud en una sola noche. Vos lo hicisteis ¡oh Dios y amor mio! para reservarme á mayores penas; el milagro de mi curación fue á todos evidente, y por esto era grande la veneración que me tenían. No podía sufrir el honor que se me tributaba, y me marché ocultamente del hospital. Habiéndome embarcado en un esquite, una tempestad me arrojó á las costas de Berbería, en donde fui preso por un turco y conducido á su casa, para que le sirviese de esclavo. ¡Qué no he sufrido durante esta esclavitud! Vos lo sabeis, ¡oh amado de mi alma! en cuanto á mí, mejor fuera que lo callara, pero para gloria vuestra debo decirlo, porque Vos, Señor, me auxiliásteis de un modo particular en este estado por espacio de dos años. Se me amarró luego á la cadena, como si fuera un perro de estaca; y sin salir del mismo lugar pasé un año entero andando una rueda de tahona. Pasábanse días y noches en tan enojoso ejercicio, y apenas se me daba el pan necesario para vivir. Pasado este año me destinaron á toda clase de ocupaciones y usos, en términos que no hay ninguna acémila que trabaje tanto como me hacían trabajar á mí: no se me escaseaban los palos, y á mas de esto los muchachos de la casa me

hacían mil insultos; pero todo esto era nada en comparación de otros ultrajes sangrientos que tenía que sufrir con frecuencia.

Sabiase que era cristiano y que de ninguna manera quería dar oídos á las supersticiones del Alcoran: esto les irritaba tanto, que no cesaban de atormentarme de mil modos. A mi presencia se burlaban del Cristianismo, y por afligirme mas aun, vomitaban mil blasfemias contra Jesucristo. No paraban aquí, sino que para mofarse de los misterios de la pasión de mi Salvador, me hacían sufrir casi los mismos tormentos, representando su persona: me ataban las manos, me arrancaban el pelo de la barba, me escupían á la cara, me decían mil injurias y me cargaban una especie de cruz muy pesada, en la que un día habían querido enclavarme con gruesos clavos: ¡tanta era la rabia que tenían contra mí!

¡Oh mi amable Jesús! ¡qué dicha hubiera sido la mia, si después de haberos seguido en los pasos de vuestra dolorosa pasión, hubiese tenido la suerte de ser como Vos enclavado en la cruz y espirar finalmente en ella por amor vuestro! Pero no merecía yo esta gracia, y me teníais reservado para nuevos tormentos. En este tiempo se presentó uno de estos Padres caritativos que se han consagrado á la redención de los cautivos. Este santo religioso supo el estado en que me hallaba, y compadeciéndose de mi miseria, ofreció mi rescate al bárbaro: este, avaro cuanto cabe, me dió libertad por una cantidad de dinero. Salí de mi cautiverio, y mi libertador me hizo pasar al momento á Francia. Empezaba á respirar el aire natal, y apaciblemente gustaba esta dulce libertad

que se halla entre los cristianos, cuando mi amor, que no se puede saciar de sufrir, permitió que viniesen sobre mí nuevos trabajos. Apenas llegué á Francia, me propuse ir á visitar á Nuestra Señora del Rescate para orar en su capilla y dar gracias á Dios por mi libertad.

Andando el camino caí en poder de unos ladrones, quienes me mandaron montar en un caballo cargado de muchos efectos recientemente robados; no les tuve de pronto por ladrones, porque me parecieron gente buena, ignoraba también el bagaje en que montaba, pero lo supe sin tardar. Presentóse una partida de archeros: los ladrones bien montados huyeron á la carrera dejándome en manos de los ministros de justicia. Registraron la carga de mi caballería, y hallaron dinero, joyas y vasos sagrados. No dudan ser yo otro de los ladrones y me conducen á la cárcel. Seis meses estuve preso, sufriendo cuanto imaginarse puede; cadenas, mazmorras, en una palabra, nada se me perdonó. En fin, fuí condenado á una muerte infame; pero un tribunal superior quiso conocer de mi causa y se me transportó á otra parte. Los crímenes que me imputaban, y de que parecía culpable, merecian mucho mas aun; pero yo no me atrevia á justificarme, porque mi amable Jesús me imponía silencio: no hay delito que no me echasen en cara ni suplicio con que no se me amenazase. Hacíanme pasar por hechicero y sacrilego; los menos rígidos me tenían por fátuo; y esta fue finalmente la opinion que prevaleció despues de haberme tenido mucho tiempo en una estrecha cárcel.

En este espacio habia guardado un profundo

silencio, se me reputó por mentecato, y juzgaron que se me podia poner en libertad bajo caucion. Un hombre de bien, desconocido para mí, me afianzó: púsoseme en libertad, pero á condicion de ser conducido bajo buena escolta al hospital de locos. Siempre en silencio, se cansó pronto mi escolta: y habiéndome soltado despues de algunos dias, me puse en camino, enteramente en manos de la divina Providencia. No muy léjos de aquí hallé algunos jóvenes libertinos entregados á la disolucion, blasfemando el santo nombre de Dios: tanto conmovieron mi espíritu y me exaltaron, que, rompiendo el silencio que tan rigurosamente habia guardado en mis prisiones, reprimí sus faltas, echándoles en cara su mal comportamiento con el supremo Hacedor; pero estos insolentes blasfemos, ebrios de vino, me ultrajaron, y despues de haberme puesto en el estado en que me veis, se volvieron al momento á la ciudad. — Apenas hubo proferido estas últimas palabras, cuando cambió enteramente su semblante: aumentáronsele los dolores; sobreviniéronle grandes convulsiones, y creí que espiraba de un momento á otro. Dos largas horas permaneció en este estado, pero reanimándose despues un poco y levantando los ojos al cielo, dijo: — ¡Qué gracias os debo yo, ó mi adorable Jesús, por haberme hecho participante de vuestros trabajos! En mi vida he padecido tanto como en estos últimos años; pero tambien puedo decir que jamás os he amado tanto: sufrí, es verdad, enfermedades en el hospital; pero habia almas buenas que me consolaban en mis dolencias: sufrí en mi esclavitud; pero esto era en medio de los bárbaros, y Vos

no cesábais ¡oh Dios mio! de llenarme de vuestras gracias las mas dulces y consolantes: pero ¡qué no he sufrido yo en las cárceles de Francia!... no eran turcos los que me atormentaban, sino cristianos, hombres de bien, sábios magistrados, santos eclesiásticos, todos conspiraban á hacerme padecer, y parecia algunas veces que aun los mismos demonios estaban de su parte: ¡qué rabias, qué abominaciones, qué desesperaciones se dirigian dia y noche contra mi pobre corazon durante este tiempo! Apenas ¡oh Salvador mio! os dignásteis visitarme una ó dos veces y por un pequeño instante para consolarme: me parecia que Vos mismo me habíais enteramente abandonado: no derramáis ya sobre mi alma aquel dulce rocío que tantas veces me hicisteis sentir; el cielo habia pasado á ser de bronce para mí; me parecíais siempre airado contra mí, y aparejado para hundirme con vuestros rayos. Veia siempre abierto á mis piés el precipicio, y creia, en fin, que me habíais enteramente echado de vuestro corazon. ¡Oh, qué tormento para mí!... ¿Pueden acaso sufrirse mayores penas en el mas riguroso purgatorio? ¿Hay por ventura persona en el mundo que no sucumbiese bajo el espantoso peso de estas penas? Sin duda que yo hubiera sucumbido millares de veces, si vuestro amor ¡oh Jesús mio! no me hubiese sostenido de una manera inefable, que no puedo concebir. A Vos ¡oh mi divino Salvador! sea toda la gloria por todos los siglos de los siglos. — Habiendo hablado de esta suerte, pidió los últimos Sacramentos; procuré que se los diesen, y los recibió con una devocion admirable. La noche del jueves al viernes,

habrian dado las diez, cuando cayó en una tristeza mortal á la que siguió la agonía; su cara parecia estar en los últimos instantes de la vida; sus ojos derramaban suaves lágrimas, y su cuerpo manaba un cierto sudor mezclado con sangre, que indicaba muy bien lo excesivo de sus dolores: permaneció una hora en este estado, y despues exclamó con voz fuerte y dolorosa: ¡Ay! si una falta venial es un peso tan terrible para un miserable como yo, ¡cuán espantoso peso seria el de todos los pecados de todo el mundo sobre el mas santo y mas inocente de todos los hombres! Pronunció estas palabras con un tono tal, que nunca jamás en toda mi vida conocí mejor que entonces la enormidad del pecado. Cayó en seguida en segunda agonía, ó mejor diré en una especie de éxtasis que le duró hasta las doce del dia siguiente. Cerca del mediodia se rehizo por un momento de su agonía, y dirigiéndose á mí, dijo: — ¿Teneis algun Crucifijo? — Le respondí que no, pero que al momento se lo procuraria. — En el mismo establo habia dos tablas muy propias al efecto; la mas larga tenia seis piés de largo; formé con ellas una cruz y se la presenté: la besó, y habiéndose echado y extendido sobre ella entró en la tercera y última agonía.

No se puede explicar dignamente lo que pasó en estos últimos momentos: me parecia ver entonces á Jesucristo clavado en cruz; observaba en la cara de este santo eclesiástico una dulzura y majestad que me arrebatava; todo él no respiraba otra cosa que dolor y amor con una bondad tan grande, que me parecia ser la misma persona de Jesucristo. Pronunció algunas palabras, y las pri-

meras que dijo fueron á favor de aquellos que le habian ultrajado y puesto en aquel estado: despues con voz baja dijo no sé qué cosas á un aldeano que tenia cerca, y queriéndole yo animar presentándole una imágen de la santísima Virgen, me dijo palabras tan consoladoras, que no olvidaré jamás. A poco rato nos dijo que tenia sed, y luego nos pareció que habia pasado á la última desolacion y que se hallaba en un extraño desamparo. No obstante se reanimó un poco, y levantando los ojos al cielo dijo con gran confianza: — ¡Oh Jesús mio! en vuestras manos entrego mi espíritu. — Despues de estas palabras guardó silencio por un momento, y de pronto levantando suavemente su voz exclamó: — ¡Oh amor! ¡amor! ¡oh Jesús! todo está consumado. — A estas palabras cerró los ojos, y con suma paz y gozo dió el último aliento. Nosotros nos deshacíamos todos en lágrimas: no puedo decir lo que mas me afectó, si el dolor de haber perdido á un hombre tan santo, ó si la alegría de haber hallado en él al que yo buscaba, y que me pudiese dar una idea de un perfecto amante de Jesucristo.

Como de todos los que presenciámos su muerte era yo el mas condecorado, me acerqué al cadáver, y poniendo la mano sobre su corazon hallé un papel escrito de su propia mano que á la letra decia lo siguiente: — Mi amable Salvador Jesús, mi alegría, mi tesoro, mi fuerza, mi luz, mi esperanza, mi amor y mi todo, os doy millares de gracias por haberme dado un espíritu para conoceros, un corazon para amaros, y un cuerpo para sufrirlo todo por Vos. Muero contento, porque muero todo para Vos, y muero con Vos

en medio de los mas grandes trabajos. ¿Qué os daré, Señor, por tantas bondades? Yo os hago entera donacion de mi alma, de mi cuerpo, de mi vida, de mi muerte, de mi salud y de mi eternidad. Todo lo que soy y todo lo que poseo, todo es vuestro. ¡Oh mi todo! Nada tengo mio, todo es vuestro. Ya hace tiempo que estoy enteramente consagrado á Vos; recibidme, pues, todo, ¡oh mi amable Salvador! Os entrego mi alma, haced de ella lo que bien os plazca; si la quereis enviar al purgatorio, consiento en ello, para poder así padecer mas por amor vuestro, si aun no he padecido bastante. Si por un exceso de vuestra misericordia la quereis llevar al paraíso, ¡ah, Señor! vuestra es; ha salido de Vos por amor; haced que este mismo amor la haga volver á Vos; este es el sacrificio que os hago de mi alma. De mi cuerpo disponed tambien á vuestra voluntad: yo le dejo á la tierra, ya que esta es la sentencia que Vos le habeis dado, para que sea consumido, pasto de gusanos, y convertido en polvo; sea todo como Vos quereis: no obstante una gracia os pido ¡oh Jesús mio! y es, que todos los que pasaren por el lugar de mi sepultura, reciban las impresiones de vuestro santo amor, que no hablen de otra cosa mas que de vuestro amor, y que las cenizas de mi cuerpo, esparcidas por todas las partes del mundo, publiquen lo mucho que Vos habeis amado á los hombres, y como los hombres deben amaros. — Así murió este fino amante de Jesucristo; pero he dicho mal; no murió, porque la gloria de los justos no muere, sino que vive para siempre: concluyeron, sí, sus trabajos; pero su nombre está escrito en el libro de la vida. Así

es que apenas espiró este santo sacerdote, todo cambió en él y mudó de aspecto repentinamente, y el que á los ojos de los hombres hubiera parecido un espectáculo digno de compasion y de horror, se vió en un momento hecho objeto de veneracion y aprecio. Su cuerpo quedó tan flexible y tan natural que parecia que estaba vivo gozando de un dulce y tranquilo sueño: su semblante tan apacible y risueño como si estuviera en un éxtasis delicioso, con un brillo y majestad que parecia un Angel del cielo. Al mismo tiempo se empezó á difundir un olor y fragancia tan suave que el establo quedó hecho un delicioso jardin. Extendióse la noticia de todo esto por las inmediaciones, y al punto vinieron muchas personas de todas clases para ver al hombre de Dios. Entre ellas se hallaron muchos de los pobres á quienes él habia asistido en los hospitales, y otras personas á quienes habia edificado con sus instrucciones y ejemplos. Cada uno contaba lo que sabia del santo sacerdote, admirando todos sus trabajos, su paciencia, su caridad con el prójimo y su amor á Jesucristo: de modo que con la parte que yo les referí de su vida, se vino á saber en un momento toda la historia de sus virtudes y méritos. Admiradas aquellas gentes, alababan al Señor, al paso que lloraban la muerte de su siervo; y para que se perpetuase su memoria ordenaron que se le colocase en una sepultura honorífica. Su entierro fue acompañado de multitud de personas de todas clases y condiciones, de modo que parecia un verdadero triunfo, queriendo el Señor aun en la tierra honrar la memoria de sus siervos, á cuyas almas reserva el verdadero premio

en el cielo. Las tribulaciones de los justos son muchas, es verdad; el Señor se sirve de ellas para purificarlos como se purifica el oro con el fuego, dice el Espíritu Santo; pero sus trabajos pasarán pronto; mas su esperanza es inmortal, su nombre vivirá de generacion en generacion y su gloria durará por los siglos de los siglos.

FIN.